

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 287

Valencia, 15 de Noviembre de 1937

María Carbonell, 2

HABLAR
a los madrileños desde
el corazón de la ciudad
martirizada, es
hablar a toda la
nación

Magnífico discurso del Sr. Azaña,
pronunciado el sábado último pasado,
a las siete de la tarde, en
el Ayuntamiento de Madrid

El Presidente de la República habló a todos los españoles desde Madrid, la capital heroica

Su Excelencia el Presidente de la República, don Manuel Azaña, acompañado del Presidente del Consejo, señor Negrín, del ministro de Defensa Nacional, señor Prieto, del ministro de Estado, señor Giral, del general Miaja y de otras altas autoridades, ha visitado a los heroicos combatientes de Madrid, los cuales, como la población civil, acogieron con fervoroso entusiasmo la presencia de la primera autoridad de la nación. Por la tarde, a las siete, visitó el Ayuntamiento, y desde aquí, luego de unas palabras de bienvenida, sinceras y cordiales, del alcalde, señor Henche, el señor Azaña saludó a Madrid con el siguiente discurso:

Hablar a Madrid es hablar a todos los españoles

«Señor Alcalde, madrileños todos: Hablando con vosotros, madrileños, hablo a todos los españoles, a los que están aquí, a los que están por todo el territorio nacional, y aún a los que están más allá de los mares y de las fronteras; hablar a los madrileños desde el corazón de la ciudad martirizada, es hablar a toda la nación. Tal es la representación que ha caído sobre vosotros con ráfagas de muerte. No os quejéis de ella, madrileños. Puesta la vida en la Historia y en lo que representa nuestra nación en el mundo, no os quejéis de esa representación por terrible que sea.

El mayor mérito en la vida, sea en la de un hombre, sea en la de un pueblo, es elevarse con esfuerzo a la grandeza de su destino, sobre todo cuando el destino es inmerecido y cruel, y MADRID, y el pueblo español en su conjunto, no han merecido ni han querido el terrible destino que están padeciendo. Pero vosotros, madrileños, habéis sabido pasar a esta representación con la firmeza, la naturalidad y la gracia que era de esperar de vuestra condición de capital de un viejo país civilizado.

De vuestro antiguo descuido, de los hábitos de una vida fácil como era la de nuestro pueblo, de la distancia secular a que estábamos todos de los grandes dramas de la Historia, habéis encontrado el camino llano y sereno de poneros a la altura de la tragedia, sin jactancia ni excesos verbales. Nadie dirá de vosotros que sois un pueblo vocinglero, teatral o jactancioso. Así os cumple. Y habéis, además, acreditado

y vuelto a llenar de contenido nuevo una expresión antigua que parecía caer en desuso: la lealtad castellana. Vuestro Presidente os saluda, si lo permitís delante de vuestro ejemplo que es una lección; os saluda como un discípulo.

Gloria y grandeza de Madrid

¿Por qué ha sabido hacer Madrid este gigantesco esfuerzo? ¿Por qué se ha elevado Madrid a esta grandeza? ¿Acaso por cumplir un deber de estricta lealtad? No sólo por eso; por una voluntad inquebrantable de libertad. Supongo que ya nadie creará la estúpida patraña de que en Madrid había un copiosísimo Ejército extranjero que impedía a los madrileños entregarse al invasor; ya nadie creará eso. En Madrid no hay más que sus hijos, con uniforme o sin él; con fusil o sin él, pero con la voluntad inquebrantable, sin que nadie se lo mande, con el solo dictado de su conciencia de hombres libres, resueltos a perecer antes que entregarse a la tiranía.

Un ejército extranjero dijeron que había en Madrid, por explicarse de algún modo el maravilloso espectáculo de este pueblo incomparable, que no quiere sufrir el despotismo. Vosotros sabéis que no. Un Ejército lo hay ahora; hace un año no había más. Hace un año no había más que los madrileños resueltos a no dejarse sacrificar, y como supieron y como pudieron, con las uñas y los dientes, cerraron el paso a su capital.

Pero hoy sí hay un Ejército, un Ejército español, un Ejército republicano, un Ejército del Estado español, un Ejército de la República española, salido de las filas del pueblo, formado, antes que por exigencias de la ley y por mandatos del Gobierno, por la propia voluntad de los que combaten, y en el cual han venido a juntarse la competencia profesional y la experiencia técnica de los admirables oficiales que han permanecido fieles a su deber, a la República y a su patriotismo, con la improvisación de la gente nueva, que, saliendo de las trincheras, del taller o de la fábrica, ha sabido elevarse y hacerse digna de tomar mando y parte directiva en el combate por la libertad de España.

Honor a los que de una y otra procedencia dan su sangre y su capacidad en defensa de la libertad de España.

Moral de nuestro Ejército

Y el mismo fenómeno se ha operado en la moral y en la disposición de Madrid, en el cual, desde que empezó el asedio, no se ha vuelto a decir una sola palabra excesiva ni a hacer un gesto inelegante; ese mismo fenómeno maravilloso se ha operado en las filas y en los cuadros de los combatientes.

Se ha reconstruido una moral militar. ¿A qué se debe este prodigio? Yo no lo sé. Podríamos señalar personas, podríamos señalar esfuerzos; pero hay una cosa que está por encima del esfuerzo personal y de la capacidad personal, que es la revolución interior moral operada en el combatiente cuando se ha dado cuenta de su enorme responsabilidad y de lo que iba jugado en la partida.

Se ha formado una nueva moral militar. Yo he tenido muchas ocasiones y muchos motivos de admirarlo; pero he tenido pocas de publicarlo y decirlo. Y puesto que están aquí presentes muchos jefes del Ejército que defienden a Madrid, y defendiendo a Madrid defienden a España y a la República, me complazco en decirlo, en saludarlos y enaltecerlos.

Yo nunca he sido soldado, pero sí sé lo que es la moral de un soldado. Yo nunca he combatido, pero sé el esfuerzo moral que hace falta para combatir, sobre todo para mandar en el combate. Y yo sé —lo sé— que uno de los tipos humanos más altos que se pueden producir en los tiempos modernos es la disciplina del combate, la disciplina militar, cuando caen sobre un alma noble, porque entonces el hombre noble, de por sí compungido por el deber y por la disciplina, y jugándose la vida a cada minuto, da el rendimiento máximo que se puede esperar del corazón humano.

Vosotros, soldados de España, que defendéis en Madrid la libertad de nuestra Patria y la independencia y el honor de España, recibid mi aplauso, mi admiración y el testimonio de mi gratitud en nombre de todo el país. (Grandes aplausos.)

Aquellos días de Noviembre de 1936

Venir a Madrid, lejanos ya los días lúgubres de noviembre del 36, produce en el viajero el efecto de una inyección de aire puro. Vosotros no podéis imagináros, madrileños, el fermento de

energía, de lección moral, de ánimo, que encierra vuestra sencilla conducta. Y aquí, que vivís en plena guerra, cuando la ciudad y el frente se entrelazan, cuando la línea de fuego pasa por vuestros arrabales, cuando, para ser todo típico en Madrid, se puede ir a las líneas de fuego en tranvía, cosa que no ha ocurrido en ninguna parte, a pie cuando uno robustece, si le hubiese alguna vez flaqueado, el sentido de la entereza moral de nuestro pueblo. Y cuando digo nuestro pueblo hablo de Madrid, porque por algo sois el cogollo de España.

Este fenómeno tiene mucho de prodigio. Quizá yo tenga más motivos que otros muchos para saberlo. Mucho de prodigio, porque cuando, pasada esta tormenta y restablecida la paz, cada cual pueda recapitular sus observaciones y sus experiencias, llegará un día en que tengamos que decirnos: ¿Esto lo he soñado o ha sido una realidad terrible? Pues sí, amigos míos: ha sido una realidad terrible. Ha habido en España un día, un mes, no sé cuántos, en que se nos echaba encima el invasor, en que no teníamos tropas, en que no teníamos armas, en que no teníamos Estado, en que no teníamos medios de gobernar, combatiendo con una mano y forjando las armas con la otra; ha habido cabezas bastantes para reconstruir el Estado desde abajo a arriba.

Reconstrucción del Estado

Y una de las operaciones de reconstrucción del Estado ha sido esta a que aludía antes: la reconstrucción del Ejército, que era lo más urgente. Pero es justo decir que no es sólo el Ejército lo que se ha rehecho. Se ha rehecho el sistema entero de gobernanza de España. Hoy hay un Estado que funciona normalmente. Nadie es más sensible que yo al desbarajuste, a la indisciplina, al hacer que hacemos, al incumplimiento de las obligaciones; nadie es más sensible ni más fácilmente irritable ante estos defectos. Yo he visto crecer como una pirámide gigantesca la formación del nuevo Estado y la reconstitución de la autoridad del Gobierno, la transformación de la disciplina social; y he visto al español un poco infantil, excesivamente gemente y alborotado de los primeros días, a la conciencia de la gravedad de su posición, de la im-

portancia del juego en que está empeñado, y a recobrar la confianza, también, en verdades que son conocidas desde hace muchos siglos, que no se han vulnerado con impunidad.

Hay otra vez una República, una República con sus tres colores y ninguno más. Mientras la República la presida un demócrata republicano, no habrá otra cosa en la República. (Grandes aplausos.)

Hay un Ejército que, siendo ya lo que es, no es más que promesa de lo que será mañana: un Ejército robusto, defensor del Estado, hoy; mañana, defensor y sostén del prestigio de España ante el mundo, porque tendrán que doblar la cerviz y reconocer que España no es un pueblo de locos ni de miserables.

Y hay el Gobierno, que, abundando y prosiguiendo en la obra de reconstrucción del Estado, iniciada pocos días después de su derrumbamiento por la rebelión, sabe hoy hacerse oír y obedecer en todos los rincones del territorio sometido a su autoridad, condición inexcusable, no ya para vivir como se vive en un país civilizado, sino condición inexcusable para ganar la guerra.

Ha habido que rehacer un Ejército porque no hay dos maneras de hacer la guerra. Delante de un ejército atacante no hay más que oponer otro ejército, si se puede, superior al atacante. Cuando se va a organizar un ejército no hay tres maneras ni dos de hacerlo; no hay más que una: la que da de sí la técnica militar en su estado actual. Cuando se va a vivir en un estado normal no hay dos maneras de organizar el Gobierno, sino mantenerle en su responsabilidad de mando, sujeto a las responsabilidades legales y constitucionales que por todas partes le asedian y al juicio imparcial de la opinión pública. Pero mientras es Gobierno, un Gobierno, no hay más, y sobre todo en guerra, en estado de guerra, no hay más que acatar ciegamente sus órdenes y sus disposiciones, a reserva, si pudiera darse el caso, de que el Gobierno tenga que responder ante quien deba de su conducta, y sobre todo ante la opinión del país.

Estos hallazgos, que parecen tan sencillos, nos han costado demasiado tiempo. El Estado se derrumbó el 17 de julio; el Ejército desapareció; las armas, o no las había, o fueron adonde no debían estar; la autoridad gubernamental desapareció. (Continúa en la página siguiente)

Palabras limpias

Desde Madrid y para toda España

Las palabras de don Manuel Azaña son siempre limpias y seguras. Limpias por la claridad de su expresión—Azaña es un orador de difícilísima comparación, hoy y ayer, dentro o fuera de España—y seguras por la honestidad de pensamiento que las preside. Las que ayer dirigió desde Madrid, y para Madrid, a toda España acreditan esas dos cualidades, que no por sabidas dejan de exigírnos tributo. A través de ellas, ¿qué español, salvo aquellos que hayan pignorado sus títulos para serlo, habrá dejado de sentir, una vez más, movida su conciencia? Para toda España hablaba ayer el presidente de la República. Para toda España, sin excluir aquellas porciones de territorio nacional que han venido a ser, por triste virtud de la sublevación militar, colonias extranjeras. Ignoramos la repercusión que en el ánimo de muchos españoles colonizados—aunque sea en nombre de España—habrán producido o producirán, si llegan a conocerlas, las frases de don Manuel Azaña. Alguna vez hemos traído a los puntos de nuestra pluma la presunta y lógica tragedia moral de esos españoles que, buscando por la violencia de las armas liberarse de una política nacional que reputaban dañosa para sus intereses o para sus creencias particulares, han ido a caer en la servidumbre infamante de una política y de unos intereses extranjeros. No todo, créansenos, son conformidades al otro lado de nuestra contienda. Seguros de no equivocarnos, y con razones abundantes para hacerlo, podríamos afirmar que no son pocos los que, de la otra parte, se retraerían gustosos a los días anteriores al 18 de julio de 1936. De alguien que entonces con fervor, y hoy de mala gana, perdido su entusiasmo, peleó y pelea con los rebeldes, nos ha llegado esta confesión angustiosa: «Más vale una España republicana y con socialistas, que una España sin República y con italianos». ¿Cuántos piensan así en la España colonizada? Desde luego, muchos más de los que, ateniéndonos a la fanfarria de los generales facciosos, pudiéramos calcular. Pero lo que nos importa recoger, de todos modos, en las palabras de don Manuel Azaña no es lo que ellas encierran de reproche para los españoles ya colonizados, sino lo que guardan de enseñanza para los españoles que no estamos dispuestos, suceda lo que suceda, a dejarnos colonizar. Madrid, cuantos vivimos en Madrid, en primer término. ¿Tienen las palabras del Presidente de la República el tono de una llamada heroica que nos previene para futuras y próximas batallas? Pues Madrid, desde ahora—y desde antes también—responde con el santo y seña que conviene a su fama: «Presente». Madrid—lo hemos dicho ya—es prisionero de su gloria, virtud que nadie, ni todos juntos, estamos autorizados a malbaratar. Y Madrid, al parecer, tan frívolo, se ha llenado el alma de gravedad.

«Con uniforme o sin él, en Madrid no hay más que madrileños», ha dicho el presidente

de la República. Y puntualizamos, nosotros: combatientes. No para enmendarle—pretensión absurda—la plana al orador, sino para que nadie se nos haga el desentendido. Porque ser madrileño de corazón y no poner al servicio de Madrid lo que Madrid reclama, es no sentir a Madrid de ninguna manera. Todos, en Madrid, somos, o debemos ser, combatientes. Aunque la advertencia vale para todos los pueblos y ciudades de España, cualquiera que sea la distancia que los separe de las líneas de fuego. Madrid las tiene demasiado cerca. Sólo con hacernos visera sobre los ojos podemos contemplar, al amanecer de cada día, el rostro del adversario que vigila su presa. Pero Madrid, que por algo es un símbolo de España, tiene derecho a suponer que ningún pueblo, ninguna ciudad emplazada en territorio leal se siente moralmente más alejada que Madrid de las trincheras. Y menos que nadie las retaguardias, esa cosa extraña, monstruosa e indeterminada que se llama la retaguardia, como si la guerra no cubriera con su tragedia toda la vida social de un pueblo. No; no hay retaguardias en la guerra. No las hay, por lo menos, si la retaguardia ha de significar—y así es como la entienden muchos aún—una evasión a las tremendas responsabilidades que la guerra nos ha echado encima de los hombros. La guerra, sobre todo una guerra como la nuestra, no se mide por kilómetros, sino por dimensión moral. Y no se la hace sólo en las trincheras, sino allí donde no llegan—no llegan todavía, pero pueden llegar—los estampidos del cañón. Se hace en los talleres, en las fábricas, en los campos, en las viviendas humildes y enlutadas. Se hace en todas partes o no se hace en ninguna. Que aprendan esa verdad quienes han hecho de la guerra, no sabemos si por necesidad o por egoísmo, una especie de lotería. La guerra es cualquier cosa menos ésta: un deporte. Digásmolo con palabras del presidente de la República: «La guerra es una profunda calamidad, y hay que tener la entereza de sobrellevar esta amargura». Exactamente. Lo contrario no tendría mérito alguno. Una guerra alegre no precisa héroes ni renunciaciones dramáticas. Pero una guerra trágica—no conocemos otras—, y la nuestra lo es infinitamente, no consiente, en cambio, histrionismos de ninguna clase. Ni siquiera histrionismos revolucionarios para uso y abuso de irresponsables. Título—este de irresponsables—en el que llevamos volcando, desde hace muchos meses, nuestra capacidad de tolerancia a punto de agotarse. Porque estamos hartos de responsables que no responden, de bravucones que no dan cara y de vencedores que no riñen batallas o las pierden. Sí; la guerra es una profunda calamidad. Y otra calamidad son los histriones que no ayudan a ganar la guerra, ni hacen revoluciones, ni las dejan hacer.

(«El Socialista».—14-XI-37.)

bernativa era por todas partes trabada, y combatida, y desobedecida. El sacrificio de aquellos republicanos que en los días más terribles de la rebelión tomaron sobre sí la gobernación del Estado y el empeño de reconstruirlo, es un sacrificio que ningún español sabrá agradecer nunca bastante, como no sea yo, que lo conozco por dentro. Pero hoy todo esto está recompuesto; tenemos una organización de Estado; tenemos un Ejército disciplinado, que cada vez está mejor instruido y cada vez es más potente para combatir; tenemos la autoridad gubernamental restablecida sin mengua de ninguna clase por todo el territorio que está sometido a su jurisdicción.

Y yo os digo que este es el camino que hay que seguir. Cualquier otro camino, cualquier otro propósito en estos momentos, es pernicioso, es perjudicial, es contrario a la República, es contrario a la paz. Digo contrario a la paz, porque el fin de nuestra

guerra es restablecer la paz republicana y la República.

Cuando no se está en guerra podrán los analistas y los políticos examinar sus orígenes, plantear todo género de discusiones sobre su formación y su causa, etcétera; pero una vez que la guerra está planteada en el campo no hay más que un problema estrictamente militar que surge de la situación de los ejércitos combatientes.

No hay más que ese problema. Cuando hay guerra no se debe subordinar este problema. Introducir en los fines del Estado o en los fines de la guerra, fines secundarios, es decir, que no sean derrotar al enemigo, es colaborar con el enemigo, aunque no se quiera, aunque no se diga, aunque no se pretenda; fines que son legítimos en sí mismos, que son respetables y a los cuales, volviendo alguna vez a la vida pública, uno se sumaría, pero pendiente el problema militar, todos estos fines secundarios de-

ben quedar a un lado. Cuando hablan las armas, todo el mundo calla. Mientras no se gana la batalla, todo el mundo o combate o trabaja para la batalla. Y como no fuese rogar al Dios en que se crea que la suerte de las armas sea propicia, no hay otra cosa que hacer.

Por qué nos batimos

Me he preguntado algunas veces si es bien conocido el propósito de la República, defendiéndose de la agresión interior y extranjera con el rigor y la resolución con que lo hace. Si un día llega a nuestro planeta un sér, inteligente, procedente de Sirio (quiero suponer que viene de otro planeta, porque lo que es en el nuestro, el número de hombres inteligentes ha disminuido de un modo alarmante, y no es seguro encontrarlos con facilidad, cuando se trata de examinar el problema de España), y este sér inteligente, al ver los destrozos causados en nuestro

Vosotros, soldados de España, que defendéis Madrid la libertad de nuestra patria y la independencia y el honor de España, recibid mi aplauso, mi admiración y el testimonio de mi gratitud, en nombre de todo el país

país y el encarnizamiento en las batallas, nos preguntara: ¿Por qué os batís?, nosotros tenemos una respuesta que dar. Quisiera yo saber cuántas respuestas iguales se han podido dar en la Historia delante de una guerra. Nosotros nos batimos en defensa propia y esta defensa, que es una exigente en la vida personal, en la vida de los pueblos, no sólo suprime un escrúpulo de conciencia, sino que es un deber nacional, que no se puede eludir. Nosotros nos batimos en defensa propia, y no sólo en defensa de la vida del pueblo, sino en defensa de aquellos valores que son la razón suprema de vivir en defensa de la libertad de España y en defensa de la libertad de todos los españoles, incluso de los que no quieren la libertad. Tengo que decirlo cien veces: en defensa de la libertad de España, personificada en la República, que es el régimen jurídico de la libertad, la cual alcanza incluso a los mismos enemigos de la libertad, guste o no guste. La mayor parte de los que son enemigos de la libertad son enemigos de la libertad ajena, pero no de la propia; lo que quieren es convertir su libertad en tiranía sobre los otros, y en cierta manera la libertad representada por un régimen republicano es una opresión porque nos obliga a todos a respetar la libertad ajena.

Confesión de inmutabilidad en el criterio

Yo lo proclamo una y cien veces, porque a mí, amigos míos, no se me ha derrumbado con motivo de la guerra y de la rebelión, ninguno de los principios morales que han hecho mi figura pública ni los que han servido de sustento a mi vida personal en el orden político. No; no se ha derrumbado ninguno, ni me he pasado a ningún enemigo. Lo que me parecía injusto en el mes de julio de 1936, me sigue pareciendo injusto hoy, y lo que me parecía hacedero, necesario y urgente en la renovación de España, me lo sigue pareciendo. Y no espero a que ocurra una rebelión, una revolución o una insurrección para trastocar todos mis sentimientos personales y políticos. Yo sigo siendo el mismo del año 1931, y con este espíritu presidio la República y creo que todos los españoles amantes de su libertad y de la independencia de su Patria, en cualquier partido que estén, que esa es otra cuestión, tienen que aceptar estos principios fundamentales. Es más, los acepto porque por eso están con los fusiles en la mano.

Nosotros damos esta respuesta sencilla: nos batimos en propia defensa, defendiendo la vida de nuestro pueblo y sus valores morales más altos, todos los valores morales de España, absolutamente todos; los pasados, los presentes y los que seáis capaces de crear.

Realidad y grandeza de nuestra lucha

Nosotros, innovadores de la política española, instauradores de la República, trabajadores de la República, para convertirla en un instrumento civilizador y de progreso en nuestro país no hemos renegado de nada que sea noble y grande en la Historia de España; absolutamente de nada. Yo tengo tal reverencia y devoción por el genio de mi país, que solventadas las diferencias

políticas, arrasadas las discordias, a los que tenemos el juicio bastante claro el corazón bastante alto para pensar en patriota, nos está permitido amar y admirar lo que en los tiempos presentes no podríamos admitir y aborreceríamos y combatiríamos.

Por eso no hemos renegado de ningún valor español, de lo que sea noble, grande y lleve el sello propio del genio de nuestro país. ¿Quién podrá dar delante de una guerra una respuesta clara, más sana, más adecuada, la conciencia rigida que la de nosotros damos? Hace falta una respuesta, hace falta este vencimiento moral, porque ninguno de nosotros, que aceptamos el deber como es, con toda su rigidez, con toda su grandeza y con todo su estrago, ninguno de nosotros, ni a los soldados que están aquí como go, nos parece la guerra una ta alegre, ni un deporte, ni un entretenimiento de adultos gordos. No; nuestra conciencia es clara; nosotros sabemos que la guerra es una espantosa calamidad y que la guerra civil es una monstruosidad, porque no vía en una guerra con un extranjero, se forja a veces ilusión de que hará recaer estragos y expensas materiales de la guerra, sobre el vencedor pero en una guerra civil, vencedores y vencidos tienen el día mañana que llevar sobre costillas y sobre las generaciones venideras la pesadumbre de esta catástrofe.

Hay que tener la entereza para saborear el amargor de este problema y decirlo con vigor y claridad: sí, la guerra civil es una monstruosidad. Nosotros afrontamos la guerra civil porque es nuestro deber, porque defendemos, porque defendemos la libertad de España, no porque nos guste hacerla ni porque vayamos a fundar en la guerra gloria militar: fundamos la gloria de independencia y libertad nacionales.

Uso y abuso del nombre de patria

Se suele invocar en estos días el nombre de la patria. Cuando truena el cañón, pocos se van, en cualquier campo que estén, de invocar el nombre de patria, y a veces hasta el nombre de Dios. Es muy frecuente asegurarse previamente de que Dios protege a un ejército contra el otro, y que cuenta con protección divina para ganar batalla. Pero es más frecuente todavía invocar el nombre de patria.

Yo protesto. Ninguna guerra se puede encender voluntariamente en nombre de la patria, si no es para defender la independencia nacional. El único valor sagrado de una patria es justificado una guerra es defenderse contra un invasor extranjero; pero invocar el nombre de la patria para suscitar una guerra civil, es ilegítimo, como crear que la patria es una especie de deidad mamota, sangrienta, delante de la que periódicamente hay que sacrificar cuantos cientos de miles de hijos para tenerla contenta.

Nosotros creemos que la patria no es eso; nuestra patria está distante de los espasmos morales, como lo es nuestro territorio, como lo son nuestras ciudades, como lo serán las

Nosotros nos batimos en defensa propia, y esta defensa, que es una exigencia en la vida personal, en la vida de los pueblos no sólo suprime un escrúpulo de conciencia, sino que es un deber nacional, que no se puede eludir

generaciones que vengan mañana, como somos nosotros los herederos de las pasadas. Pero yo no creo, nadie puede admitir que exista una entidad indefinible, incognoscible, remota, distinta en su interés, en su aspiración y en su exigencia, a la aspiración y al interés de nosotros los compatriotas, y delante de la cual, por capricho de una política o por ambición de una política, o por exigencia de un partido, en nombre de esa patria sanguiñaria haya que inmolarse la vida de millares de sus hijos. A mí, esto me parece una monstruosidad de la cual sale la enorme monstruosidad de la guerra civil que estamos padeciendo.

El ejemplo de Madrid

El ejemplo de Madrid no se acaba ahora, no se acaba con que rechazéis al invasor ni con que este pueblo admirable siga padeciendo con su naturalidad y su gracia las privaciones del asedio, ni con que estos soldados pongan su valor y su pericia al servicio de la causa. No, no se acaba ahí, ni se acabará el día de la paz. Después de la guerra, el ejemplo de Madrid será el ejemplo para toda España. Madrid, al parecer tan frívolo, ha dado el ejemplo de nobleza moral que nuestro pueblo estaba necesitado; nobleza y grandeza morales que no se explayan degollando a los prójimos, sino sufriendo con entereza las degollinas que recaen sobre el propio vecindario, y rechazando y diciendo mañana a toda España: «Nosotros éramos tu capital y hemos sido dignos de este nombre y ahí os queda el ejemplo de lo que sabe hacer un millón de ciudadanos cuando obra y se conduce como un buen español delante de la defensa de sus libertades». Y el ejemplo de Madrid será mañana, como lo es hoy, su corazón, una enseñanza política, en el alto y grave senti-

do de la palabra. Cuando las entrañas hoy destrozadas se calmen y las pasiones cedan y recobren su primacía el juicio y la inteligencia, y se saquen de esta contienda las lecciones que yo tengo derecho a esperar para nuestro país; de ellas los mejores frutos, entonces toda España volverá los ojos a Madrid, porque aquí se ha sufrido con dignidad, se ha combatido sin fanfarronería, se ha recluso la política a donde la política debe estar en tiempos de guerra, se ha pensado en España; y no se ha interpuesto en vuestra defensa de Madrid, general Miaja, ningún fin egoísta, y del nombre de Madrid saldrá el raudal español que fecundice todas nuestras tierras políticas en el porvenir, y donde vengan a aprender todos, extraños y propios, cómo se conduce un gran pueblo delante de una tragedia que él no ha querido, pero que sabe afrontar con entereza. Madrid será nuestro. Yo, que me he considerado siempre madrileño —por lo menos aquí me he criado—, me llevo hoy de Madrid lo mejor que en medio siglo me ha dado. Muchas cosas le debo yo a Madrid, pero hoy me ha dado Madrid lo mejor de su espíritu: me ha dado la confianza en el mañana. (Grandes y prolongados aplausos.)

El señor Azaña y sus acompañantes se trasladaron a uno de los salones inmediatos al de sesiones, donde el Ayuntamiento había dispuesto un «lunch».

Al abandonar el Presidente el Palacio Municipal, la Banda Republicana ejecutó nuevamente el Himno Nacional.

Anoche el general Miaja ofreció al Presidente de la República una comida, a la cual asistieron los ministros, todas las personalidades del séquito presidencial y los jefes de las grandes unidades que constituyen el Ejército del Centro. — FEBUS.

Portugal, bajo el terror fascista

La "Legión Portuguesa".-Esclavitud, hambre y miseria.-La Guinea africana y Macao.-Los marinos que se sublevaron.-La estación de Santa Apolonia.-"¡Comed pan de maíz! ¡El trigo, para Franco!"-La No Intervención

Oliveira Salazar no cuenta con el apoyo del pueblo portugués, ni aun con el del Ejército. Y ha de mantener su imposición dictatorial a la fuerza. Con la represión y la muerte.

Pero ni el terror es medio suficiente para callar las miserias de los obreros y los campesinos. Ni lo son tampoco los procedimientos inhumanos de la Legión Portuguesa, organizada para defensa de Salazar y el Estado Nuevo. El Ejército y otras armas que pudieran utilizarse no son mucha garantía. Y por eso, la Legión Portuguesa es el aparato que siembra el odio y la muerte. «Portugueses: Ingresad en la Legión, defensa de Salazar!» Carteles y más carteles cubren diariamente las paredes de las ciudades. Pero sólo acuden a ella los enemigos del pueblo, los pistoleros y la escoria podrida de maleantes y ladrones.

Centenares de seres humanos sufren, al caer en sus manos, las

torturas más criminales que jamás se pudieran conocer.

Hombres ahorcados unos, con las manos cortadas otros, con las uñas sangrantes por trozos de cañas los demás, son el balance de las actividades patrióticas de la Legión Portuguesa. Y para sacar ilimitadamente sus instintos, las madres de quienes padecieron tal suerte reciben la noticia oficial de que sus hijos se han suicidado en un momento de enajenación mental.

José dos Santos es el líder del Partido Comunista de Portugal. Hoy cuenta unos veinte años. Su infancia y su juventud están ligadas a un largo período de sufrimientos y persecuciones.

Dos años lleva en la cárcel. Catorce meses seguidos, sin interrupción, sufrió la pena «del silencio», que consiste en permanecer en una celda totalmente incomunicado. Oliveira Salazar estará satisfecho. ¿Qué importan a

Carteles, pregones y moralidades

Las paredes de las ciudades, las de los pueblos, y aun las de las aldeas más apartadas, se fueron llenando, en la sucesión de los días guerreros, de bizarros y llamantes papeles. Gritos y colores. Eran como estentóreos pregones de guerra, y quizá los atambores, timbales y clarines con que en las edades pasadas se anunciaba a los pueblos la aparición de este monstruo y sus peripecias carecían de eficacia sonora, si se la compara con la abigarrada que los carteles han prendido de las paredes de España.

El do de pecho, la nota sostenida virtuosamente hasta lo indecible del «reclamo» de la guerra, lo han dado, pues, los carteles. Ni los periódicos más diestros en el arte de confeccionar llamativos epígrafes, ni la radio con su innumerable multiplicación de voces, ni los mítines, ni la grandilocuencia popular, han superado tal vez a la algarabía, a la arenga, a la predicación muda, a la amonestación y consejo que desde meses y meses chorrea cada palmo de pared. Háse vuelto con ello en cierto modo a los tiempos en que no existía la imprenta, o a los que por estar ésta aún en mantillas y, sobre todo, porque el pueblo era analfabeto, era menester transmitirle la doctrina por medio de la palabra oral, o en su defecto, por la imagen, que todos entendían. La gran campaña y predicación de la Reforma se hizo en los países del centro y norte de Europa, tanto como desde los pulpitos, por medio de la estampa, que era el cartel diminuto de aquellos tiempos. Y bien pudiera suceder, de hecho creo que así sucede, que los papeles se hayan en el día invertido, de modo que al pueblo, que en general es ya alfabeto, le sea ahora más fácil entender por la letra escrita lo que se le quiera comunicar, que no por la imagen.

De todos modos, lo cierto e indudable es que con la guerra vamos teniendo grandes floraciones y cosechas de carteles, que ni el estruendo de las propagandas políticas anteriores a la misma—y eso que tuvieron lo suyo—las hubiera podido hacer sospechar.

Se nos ocurre en ocasiones relacionar, un tanto arbitrariamente, es cierto, el cartel bélico con la aparición del miliciano, de esta guerra, porque surgió en la plaza pública a la par que éste casi a la misma hora, casi en el mismo día; y quién sabe si no se podría acaso establecer un paralelismo más o menos preciso entre el auge de uno y otro, ya que la marea cartelista, por decirlo así, sube de consuno con la milicianía, y cuando ésta toma otro rumbo y se organiza con severidad castrense trasmutándose en formaciones de ejército regular, parejamente el cartel va perdiendo a su vez preponderancia propagandista, y aunque no llevé aún camino de extinguirse, ni mucho menos, porque la furia del colorín domina la calle, se advierte que su auge va decreciendo y que los estridentes pregones que salían de las paredes, en resonantes altavoces cromáticos, van amortiguándose por dicha y bajando el diapason altísimo, en que, desde el primer día, se pusieron.

No creo que a nadie se le ocurra preguntar por la calidad estética de semejante floración y cosecha cartelista, porque España no está por cierto ahora para tales sutilezas y quintaesencias, más propias de tiempos históricos bonancibles que no de los huracanados; y porque, además, el arte es una cosa y la publicidad otra, y si bien es cierto que en ocasiones pueden marchar unidos, y de hecho han establecido muchísimas veces admirable coyunda entre ellos, no es por otra parte necesario, para los fines que se propone semejante publicidad, que el arte le dé escolta o que sea a modo de hermosísima cabalgadura sobre la que la *écuyère* realiza sus ágiles proezas acrobáticas.

En ese sentido, poco habría que decir—salvando siempre las consabidas excepciones, que

las hay, y muy interesantes—del arte del cartel a lo largo del tiempo que va durando la guerra. Su misión en ésta ha sido de otro tipo; y seguramente que la ha realizado con celo.

Porque sabido es que las Artes florecen profusamente cuando toman las armas la palabra... Antes o después de las guerras suelen florecer, aunque no siempre; pero durante la guerra misma, a no ser que vivan de la inercia del movimiento anterior, caen en letal sopor y languidecen y se agotan.

El arte del cartel en España se había ido industrializando con relativa rapidez, convirtiéndose en una industria manual relativamente fácil, en la que el arte, lo específicamente artístico, se engurrinaba y secaba y perdiendo velozmente buena parte de su jugo. La guerra no le ha despertado, por cierto, de esta decadencia... técnica, de ese sueño, que iba echando cada vez más profunda y largamente a medida que las artes mecánicas con su técnico, al alcance de la mano vulgar, se adueñaban de sus procedimientos. Cuando se inventó el cartel de «fotomontaje» pareció que ya estaban de más aquellas pléyades de inventivos dibujantes, que tan graciosamente ilustran su historia, pues al arte del cartel podía muy bien sucederle—no era ilogismo el pensarlo—lo que le aconteció al del retrato tras la aparición del «daguerretipo»; que la función social que realizaba, para la cual era menester rara habilidad manual y raro talento, de allí en adelante se realizaría en su mayor extensión por procedimientos mecánicos, en los que el genio del artista había de tomar mínima parte.

Sin embargo, si en este momento miramos a las paredes de las urbes españolas, y hacemos *in mente* una leve estadística de carteles, veremos que los de «fotomontaje» están en minoría en relación con aquellas obras en las que interviene pura y exclusivamente el arte del diseño; y que, además, sucede, para mengua de dibujantes que algunos de aquéllos constituyen los carteles bélicos más sugestivos, mejor entendidos, más «parleros» e impresionantes de las inagotables series de ellos que han ostentado y ostentan como si intentaran perturbar la visión normal las paredes de los lugares de España. Y es que en estos «fotomontajes» aparecen las horribles realidades de la guerra—eso sí—, mejor o peor combinadas y compuestas e impresionan con frecuencia como trasunto bastante fiel de la verdad misma; y, en cambio, los otros, los hijos del arte del diseño, como generalmente no están elaborados por artistas rigurosamente formados, pocas veces consiguen poner ante los ojos de la multitud imágenes elocuentes de esas que se clavan en el alma y la memoria del que las mira y se recuerdan siempre.

De ahí provenga acaso el cansancio que por el género comienza a producirse en el público y el deseo incipiente que este tiene ya de ver que con el cartel suceda lo mismo que ha sucedido con las milicias, que se convirtieron en ejército regular separando de ellas muy noblemente el «milite gloriosus» de nuevo cuño; y que lo pintoresco y liviano ceda a lo grave y entonado, cual corresponde a los tiempos en que se debate nada menos que el futuro político-social de la patria. Bien están sin duda alguna los carteles, porque su gran cantidad no ha podido dejar de producir en mayor o menor grado su efecto; pero hay que pedir también que se haga cernido cualitativo a fin de que los nuevos que vayan saliendo no desmerezcan por su calidad artística—como sucede hasta ahora—tan considerablemente al ponerse en relación con la importancia y trascendencia del momento histórico a que sirven.

JUAN DE LA ENCINA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Portugal las vidas de centenares de «comunistas peligrosos»?

Las posesiones portuguesas en África han de servir para algo útil a la dictadura. Salazar así lo creyó, y realizó sus sueños enviando a ellas a los hombres liberales. Ninguno regresa después. Es la Siberia moderna del nuevo zar de Portugal.

Allí están los marinos del «Alfonso de Alburquerque» y del «Dáa». Su sublevación contra el Estado Nuevo la pagaron con creces. La dictadura lo sabe de sobra, y Oliveira se frota las manos de gusto y satisfacción. «Unas palizas y unas calenturas palúdicas serán lo suficiente pa-

ra que no repitan jamás la hazaña».

Por eso, el noventa por ciento del pueblo portugués está contra la dictadura y odia a Salazar. Pero esto no le importa a él. Cuenta con la Legión, su defensa, y da a los campesinos salarios

(Continúa en la página siguiente)

DE ACUERDO Crimen espantoso y comercio inicuo

No han faltado diarios católicos que hayan sostenido estos dos postulados:

Guernica ha sido destruida por los soldados gubernamentales y no por la aviación al servicio de los rebeldes.

La evacuación de los niños, que comenzó después de la destrucción de Guernica, no fue hecha para salvarlos de los bombardeos y del bloqueo, sino para despertar en el extranjero una compasión general hacia Euzkadi.

Monseñor Lauzurica es uno de los propagandistas de esta versión franquista. En su segunda pastoral ha hablado de «crimen espantoso» y de «comercio inicuo».

¿A qué llama «crimen espantoso»? A la separación de los niños de sus padres. ¿Es que los motivos de la separación no son crímenes y no producen terror en Monseñor Lauzurica? No ha dicho nada del bloqueo de la costa de Vizcaya que hacía penosísima la alimentación de la población civil. No ha dicho nada de los horribles bombardeos que separaron para siempre a tantos hijos, de sus padres; sin embargo, desde Vitoria, salieron más de una vez los aviones que sembraron la muerte en tantos hogares. ¿Lo habéis visto alguna vez, monseñor? ¡Ah! esos sí que eran espantosos!...

¿Pero a qué llama «comercio inicuo»?

A la propaganda hipotética que podría tener su fuente en la compasión producida en el extranjero por estas criaturas. Pero no hemos visto ninguna propaganda de esta clase. Decenas, hasta centenas, de periódicos, a los que se les había enseñado la lección, se apresuraron a extender por el mundo entero que estos niños eran terribles bandidos, como lógica herencia de padres que habían cometido terribles asesinatos y que, quizá, habían quemado varias iglesias.

Pero después de la caída de Bilbao la propaganda fascista recibió una nueva orientación. Los niños vascos son serafines; sus padres no han quemado iglesias, no han cometido asesinatos. Los niños son muy buenos y los padres aún mejores. Hay que reunir a unos y a otros, pero en Euzkadi bajo el látigo de Franco, al ritmo de las organizaciones de «balillas» franquistas, bajo la sombra de las prisiones donde se amontonan millares y millares de desgraciados, en los muros aún manchados de sangre de las ejecuciones de la víspera.

Dieciséis niños vascos acaban de ser repa-

triados de Bélgica. «Se dice» que sus padres los han reclamado. Los diarios de Bilbao—es decir, la prensa fascista improvisada por los invasores—lo comentan así:

«Es una prueba de la normalidad en que se desarrolla la vida en la España nacional y que está en realidad en vías de ganar la opinión extranjera. Por este hecho y otros semejantes se ve como la opinión en Bélgica está reaccionando en un sentido favorable al glorioso movimiento nacional. Se espera que no tardarán en producirse nuevas repatriaciones y otros testimonios que darán fe de este cambio de la opinión pública.»

En efecto—esto, lo confirmamos nosotros—, se han iniciado amplias campañas y fuertes presiones de todo género, llegando hasta suplantarse la voluntad de los padres, para solicitar la repatriación de sus hijos. ¿Qué se pretende con esto? ¿Evitar el «crimen espantoso» de la separación? No. Lo que se busca es realizar el «comercio inicuo» que representa esta propaganda del «orden» franquista.

Lo que se pretende—como ha revelado ya la prensa franquista de Bilbao—es que esta repatriación de los niños sea interpretada como la mejor demostración de que, bajo el látigo de Franco, todo es normal: no hay prisioneros; no hay prisiones; no hay prisiones llenas de prisioneros, no se ha condenado a muerte a ningún sacerdote, no se ha desterrado a ningún eclesiástico; no se ha espoliado a nadie de sus bienes; no se enrola a niños en el fascismo; no se fusila a inocentes mujeres obligadas a volver a Euzkadi, al lado de sus hijos prisioneros.

P. L. M.

(«Euzco Deya.—21-X-37»)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

Portugal, bajo el terror fascista

(Continuación)

bajos y vergonzosos, de hambre y de miseria.

Fernando Tirado es un muchacho que logró huir de Badajoz. Ha permanecido cuatro meses en una celda en Lisboa, junto a 38 compañeros más, durmiendo en el suelo, unos sobre otros.

Ocho días antes de salir de la cárcel, un policía español le ha dicho:

—Irás a Badajoz a luchar con Franco. Pasarás por la embajada de Burgos mañana.

Le llevaron a ella, y Tirado se negó a ir a morir atado de pies y manos. Los que salieron como él no volvieron. Por lo visto, él tuvo más suerte, y le llevaron a la celda nuevamente. Por fin, le sacaron de ella. Sólo le impusieron una condición:

—Ocho días tienes para abandonar Portugal.

Otra vez Tirado ha burlado a la muerte. Cinco meses más ha estado viviendo clandestinamente en la capital de Portugal.

Y durante ese tiempo ha visto muchas cosas.

Salazar ayuda descaradamente a Franco. Toda la Prensa democrática del mundo lo ha dicho, y la No Intervención lo duda. Tirado, además, nos ha citado casos concretos:

—El Gobierno portugués ha movilizado últimamente varias quintas. De ellas se excluyen a los presos políticos y a los «comunistas peligrosos». Oliveira dice que irán a las posesiones portuguesas de Macao, en China. Lo cierto es todo lo contrario. Engrosarán las filas del ejército «nacionalista» español, y las madres de los que caigan para siempre se dirán: «¿A dónde fueron? ¿A Macao o España?»

Secciones tras secciones de legionarios portugueses van también a vigilar la frontera, según dicen los periódicos del Gobierno. Pero lo efectivamente seguro es que mueren en la frontera que separa los trincheros de Madrid del terreno faccioso.

—Santa Apolonia es una estación de ferrocarril que desemboca en el puerto de Lisboa. En

ella se descargan los armamentos, víveres y municiones para Franco. Y los coches y camiones que precisa para su aventura. Muy cerca de allí existen las oficinas del Comité de No Intervención. Pero, por lo visto, ni ven ni oyen.

—En la región de Algarve, los campesinos tampoco están de acuerdo ni con Franco ni con Salazar. Y, en vista de ello, se le dijo: «Comed el pan de maíz, para enviar el trigo a la Junta de Burgos».

Ellos se han negado y, posiblemente, irán los más destacados de la Guinea portuguesa o a Macao.

—Salazar no ha vacilado en prestar ayuda a Franco. Los primeros aviones alemanes e italianos que bombardeaban Mérida y Badajoz, cargaban allí su mortífera metralla, que después había de asesinar a mujeres y niños, destruir escuelas y hospitales.

—En Caes do Sodré, de Lisboa, existe el arsenal de Marina. Desde allí parten para la frontera de España los camiones de armamento y municiones para Franco.

Para no despertar la atención de los curiosos, la Prensa de Salazar dice:

«Hoy salen para España varios camiones de víveres con destino a los heroicos voluntarios de Portugal.»

El día 25 de septiembre, Tirado se dispone a abandonar Portugal, arriesgando miles de dificultades. El barco francés «Masilia» hacía escala en el puerto de Lisboa en su recorrido Brasil-Portugal-Francia. Logró penetrar en las bodegas. A las seis horas de haber partido el barco se presentó al comandante:

—He venido escondido en el barco con el propósito de ir a la España republicana.

Por no abonar billete, fue encerrado durante los dos días de viaje en un camarote de tercera. No le valió decir que en Portugal existe Embajada legal de España y su pasaporte lo pagó después con un mes de cárcel en Burdeos.

LUIS ALMEIDA

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

Además de esto, conviene señalar que, según opinión autorizada de los juristas encargados de reconstruir la doctrina del Estado totalitario, toda la legislación penal fascista debe ser considerada como «una legislación de guerra», «puesto que el estado de guerra existe siempre en potencia» (Rocco: informe sobre el Código penal, página 108) y que pertenece a la discreción del poder ejecutivo, «apreciar y determinar las consecuencias que éste encierra en sus distintas hipótesis».

De qué manera y cómo un estado permanente de guerra se puede conciliar con el desarrollo normal de las manifestaciones esenciales de la conciencia colectiva, los teóricos del régimen se abstienen de explicarlo.

Los jueces en el Tribunal especial

El Tribunal especial está formado por un presidente y cinco jueces; el primero se elige entre los oficiales del ejército, de la marina, de la aviación o de la milicia voluntaria; los otros entre los oficiales y milicias con graduación de cónsul o cónsul general.

Según la ley que prorroga las funciones hasta el mes de diciembre de 1941, el gobierno está autorizado sin embargo, a modificar por decreto, las leyes en vigor en lo que se refiere a la formación orgánica del Tribunal, al nombramiento de jueces

y demás funcionarios y a la fijación de sus emolumentos.

No hace falta que estos magistrados posean títulos que prueben su competencia jurídica y sus conocimientos del Derecho. Lo único que se les exige es que sean miembros del Partido y que disfruten de la confianza absoluta de sus jefes. Por otro lado, el hecho de haber acatado o sufrido la disciplina del Partido es suficiente por sí solo, para hacer de estos hombres, unos pobres autómatas incapaces para siempre—so pena de las peores sanciones—de traducir en un acto autónomo el menor reflejo de su conciencia, y de su personalidad si, por casualidad, una conciencia o una personalidad, por muy apagadas que sean, resistieran a la abdicación y a la expropiación de los métodos que persiguen y exprimen cualquier exigencia de la vida individual.

En el partido así como en la milicia, se puede leer en una deliberación «histórica» del Gran Consejo, todos, jefes y soldados, deben tener el espíritu de tropas de primera línea, a los que no se consiente, sobre todo en los momentos difíciles, que se sustraigan a ningún sacrificio. Los que no se sienten con fuerzas para aceptar íntegramente y sin excepción las rígidas disciplinas del Partido, son invitados a presentar su dimisión en el curso de una semana.

Es para precisar mejor y, si fuera necesario para hacer aún más cotejístico este deber de sumisión incondicional al jefe, de feliz disolución de todo rasgo de igualdad en potencia anónima, pero cuidadosamente dirigida por el conjunto, que a la cabeza de los estatutos del partido aprobados por el decreto del 20 de diciembre de 1925, fué colocado, como preámbulo, un «acto de fe» con el valor de una declaración constitucional y que fué reclamada por cada uno de los partidarios, en el momento en que reciben las insignias del lictor, de prestar un solemne juramento.

El acto de fe está concebido en los siguientes términos:

El Partido Nacional es una milicia civil al ser-

vicio del Estado. Su objeto es conseguir la grandiosidad del pueblo italiano. Desde su origen, que se confunde con el renacimiento de la conciencia italiana y con la expresión de una conciencia colectiva de victoria, hasta este día, el Partido se ha considerado sin interrupción en estado de guerra: en otro tiempo para deshonrar a los que deprimían el espíritu de la nación; hoy y mañana para defender y desarrollar el poder del proletariado.

La fórmula del juramento no es menos explícita. Para restablecerla, sus redactores se propusieron sobre todo recordar, de una manera destacada, a todos los que solicitan el honor de servir al fascismo, que la característica esencial del régimen instaurado por éste, es que la dictadura del Partido se sobrepone a la dictadura del jefe y que por lo tanto no puede haber leyes o derechos de los que el jefe pueda no hacer caso.

He aquí el texto:

Juro cumplir sin discusión las órdenes del Duce y servir con todas mis fuerzas y, si fuera necesario, con mi sangre, la causa de la revolución fascista.

Al exigir a los miembros encargados de juzgar los crímenes previstos por la ley del 25 de noviembre de 1926, que pertenezcan al Partido, el fascismo se aseguraba de antemano de una manera al parecer legal, el ejercicio incontrolado de un poder auténtico de vida o muerte con relación a sus enemigos. No hay que olvidar que el deber de obediencia al Duce está muy lejos de disminuir el carácter de una sencilla obligación convencional ligada a un acto puramente simbólico, provocando de jure sanciones muy graves, que pueden llegar hasta la expulsión del Partido. Esto significa según el artículo 18 del Estatuto aprobado por decreto de 20 de diciembre de 1925 el «destierro de la vida pública».

Estos detalles, son más que suficientes para que nos demos cuenta del grado de independencia de que disponen los magistrados del Tribunal especial y del valor de las garantías que rodean el cumplimiento de sus funciones.

(Continuará)